



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

C. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
HONORABLES MINISTROS EXTRANJEROS,
CONCIUDADANOS:

He subido á esta tribuna con el temor y el encogimiento del pobre orador laguense, que viene á hablar á una numerosa asamblea de sabios, de hombres de Estado, de celebridades nacionales y extranjeras: *frequens conspectur vester*. Sobre todo, me siento muy pequeño delante del Héroe de la Carbonera y del 2 de Abril; del que ha gobernado esta Nación por más tiempo que otro alguno en el espacio de seis siglos; del gran Gobernante, que durante veintinueve años ha mantenido la paz y el orden en la República Mexicana y la ha hecho progresar en todas líneas. Inglaterra, los Estados Unidos, Francia y casi todas las naciones de Europa, son pueblos que han llegado al apogeo de la civilización, que ya están encauzados en el orden, y en los que con poca acción del Gobierno (poca, digo, relativamen-

te), el pueblo sigue el camino de la paz y el orden, porque cada individuo tiene conciencia de que la paz, el orden y el progreso nacional están identificados con los intereses de cada uno; pero México, Venezuela, las Repúblicas de Centro-América, las veintisiete naciones hispano-americanas, son pueblos jóvenes que fueron mal educados por España, á quienes es muy difícil mantener en orden, educar y gobernar, porque la educación de un pueblo dura un siglo y más. Porque nuestro gran republicano Juan Antonio de la Fuente, en el Congreso Constituyente de 1856, hablando de pueblos como México, emitió esta sentencia: «El Gobierno no es el simple representante de las ideas y la voluntad del pueblo, sean cuales fueren esas ideas y esa voluntad, sino el representante y *el mentor* del pueblo». Al emitir mi juicio sobre el Gobierno del General Díaz, no temo que se atribuya á adulación, porque yo no digo sino lo que dicen los que son autoridades en la materia. Sobre todas las teorías: de que es muy fácil gobernar á una nación, de progresos *per saltum*, de pretensiones de un gobierno de ángeles, de optimismos y utopías, está la autoridad de los hombres de Estado nacionales y extranjeros. Testigos, estas fies-

tas, á las que han venido los representantes de muchos Gobiernos de Europa, América y Asia, y no han venido con las manos vacías, sino á presentar valiosísimas ofrendas en testimonio de respeto á un buen Gobierno; pues nadie va al país de las Batuecas ni á presentar ofrendas al Preste Juan.

Si yo hablara ante un Presidente de la República como D. José Justo Corro (á quien traté) ó D. Javier Echeverría, ni lo mentaría, teniendo como pintado en la pared; pero al hablar un orador ante un Victoria, un Juárez ó un Porfirio Díaz, dejar de presentarle un testimonio de respeto en el exordio, que es la salutación al auditorio, no lo permiten las reglas de la oratoria (1), ni el ejemplo de los oradores clásicos, como Cicerón y Bossuet.

Ciudadanos españoles: al conmemorar nuestra Revolución de Independencia, yo no vengo á zaherir á vosotros ni á nadie, porque este lugar no es el púlpito del Padre Bringas, sino la tribuna de la democracia y la tolerancia del siglo XX. Máxime que vosotros no sois los españoles de 1810, los fanáticos hijos de Fernando VII y de los frailes dominicos Inquisidores,

[1] *Ars Dicendi* por el sabio jesuita alemán Kleutgen, libro I, cap. 4, art. 2.

sino los hijos ilustres é imparciales de los españoles hermanos nuestros: de un Javier Mina, de aquel Santa María que murió en Chihuahua en un cadalso juntamente con Hidalgo, de un Juan de la Granja, Juan Prim, Nicolás Régules y Alfonso XIII, que nos ha devuelto las reliquias de nuestro Morelos como una protesta contra la guerra de España á México. Mas á vosotros y á todos los que me escuchan os diré con Horacio, que si os concedo mi tolerancia de vuestras respectivas opiniones, espero que me concederéis vuestra tolerancia de las mías en lo que difieren de las vuestras: *hanc veniam petimusque damusque vicissim.*

¿Y qué diré á vosotros, mis jóvenes amigos, la flor, la espiga y las esperanzas de la patria? ¡Un hombre con la frente inclinada hacia el suelo por el peso de la edad, con la mirada lánguida y la voz débil por la falta de la vida, con un corazón de ochenta y seis años, siete meses, semejante al fogón olvidado en que ya no hay más que cenizas, hablar á una juventud florida de entusiastas oradores castelarianos, de inspirados poetas líricos y dramáticos, novelistas, periodistas, pintores, actores, cantores y músicos! ¡Ah, Señores, en las Fiestas del Centenario, yo soy un anacronismo! Em-

pero, de los venerables restos que encierra esa urna, brota la inspiración, y al soplo del espíritu de Hidalgo, en este viejo fogón se levantará la llama y de esta vieja frente y estos labios brotará la luz.

El Apoteosis de los Padres de nuestra Independencia: he aquí el objeto de mi discurso. Hidalgo, Allende, Morelos, Jiménez, los Aldamas, Ignacio Rayón, Matamoros, Galeana, Guerrero, Moreno, Mina, los Bravos, Rosales, José María Mercado, Doña Josefa Ortiz de Domínguez, Epigmenio González, los dos José Antonio Torres, José María Chico, José María Cos, Abasolo, Victoria, Manuel Terán y otros, no caben en un discurso; necesitan libros, por lo que sólo daré algunas pinceladas sobre ellos y principalmente sobre el Padre Hidalgo.

Pero un hombre que no ha sido militar, que nunca ha presenciado una batalla campal, un hombre de sacristía ¿cómo puede calificar á los guerreros? ¿Cómo puede un Agustín Rivera comprender á un Hidalgo? ¡Triste verdad! Señores: yo no traigo á esta tribuna más que mi corazón. Mi alma de polluelo ha sido alimentada con la medula de los cedros del Líbano, con las magnificencias de la naturale-

za física y moral. Vi muchas veces la salida y la puesta del sol en alta mar, he visto á Nápoles *é poi morire*; escuché muchas veces cerca de mí el estallido del rayo que desgajaba los pinos de la Sierra Madre; viajé á caballo hasta el Manzanillo y estreché la mano de Juárez en las orillas del Pacífico. En mi niñez fuí educado con Salustio, Cicerón, Virgilio y Horacio, y la mayor parte de mi vida me he alimentado con la Biblia, con la Historia de la Antigua Grecia, especialmente las *Vidas* de Plutarco, que produjeron el *Emilio*, con la de la Antigua Roma, con la de la gran Revolución Francesa del 89 y con otros muchos libros semejantes. Pero ¡qué digo la *Eneida* y las *Vidas* de Plutarco!, la *Historia de la Intervención Francesa en Michoacán* por Eduardo Ruiz es una epopeya que produce en el alma un grande amor á lo bello, á lo heroico, á lo sublime. Es por esto que creo comprender á un guerrero: á Hidalgo y Allende en Guanajuato y en el Monte de las Cruces, á Morelos en Cuautla, á Jiménez en Aguanueva, á Matamoros en San Agustín del Palmar y en Tonalá, á Galeana en Asayac, á Moreno y Mina en San Juan de los Llanos y en el Sombrero y á Guerrero en las orillas del Mezcala. En lo más recio de una

batalla se presenta un guerrero montado en su caballo predilecto, en un caballo que relincha al oír el toque de un clarín, silban las balas junto á su cabeza y él dice con la sonrisa de Napoleón I: «No se ha fabricado todavía la bala que me ha de matar»; en medio de los estampidos del cañón y el himno del combate, al sonar las trompetas de la patria, con una confianza cierta de la victoria, á la cabeza de centenares, de millares de hombres que le aman, que le obedecen, que le siguen á todas partes, que á su voz ejecutan hazañas, piafando su caballo sobre cadáveres tendidos en el campo, de hombres que murieron con placer por su patria y por su jefe, él entiende bien aquella palabra de la Biblia: que Dios crió al hombre para ser el rey de la creación: *super omnem animam* (1).

Por la historia consta que todas las revoluciones sociales se han hecho por el pueblo bajo, dirigido por hombres superiores. Respecto de la Revolución del Cristianismo, nada diré de su propagación por doce pescadores por todo el mundo conocido, porque este hecho fué un milagro; mas en los tres primeros siglos los

[1] *Libro del Eclesiástico*, capítulo XLIX, verso 19.

cincuenta y más millones de hombres que profesaron el Cristianismo, en su inmensa mayoría eran de la clase baja, y todavía á mediados del siglo IV Juliano el Apóstata echaba en cara á los cristianos que sólo los esclavos, los eunucos, los campesinos, las viudas y los huérfanos pobres, que sólo la plebe profesaba la religión de ellos (1). Los ciento veinte que al mando de Colón descubrieron el Nuevo Mundo eran de la hez del pueblo de España, no pocos eran judíos, que formaban la clase más abyecta y despreciable, y los judíos tienen el orgullo de que el primero que vió tierra, que fué Rodrigo de Triana, era judío. La gran Revolución francesa del 89, fué hecha por el pueblo bajo, dirigida por los filósofos, los girondinos y los jacobinos; y nuestra Revolución de Independencia fué hecha por la raza media, dirigida por Allende, Morelos y los demás Jefes y principalmente por Hidalgo.

Uno de los grandes méritos de Hidalgo es el haber enseñado á la raza india lo que vale un pueblo. Os ruego, señores, que os fijéis en esta frase: *lo que vale un pueblo*. Es verdad que, como refiere D. Lucas Alamán, la raza

(1) Calment, Comentario á la Epístola 1ª de San Pablo á los Corintios, capítulo I, verso 28.

india durante trescientos años hasta 1810, siempre tuvo la creencia de que ella era la dueña de la tierra mexicana y siempre miró á los españoles como extranjeros é injustos dominadores; pero no pasaba de ahí, no osaba mover pie ni mano. Los indios estaban embrutecidos, enervados y convertidos en animales de carga. Sin embargo, los hombres enervados al cabo son seres racionales, dotados de entendimiento y voluntad: su entendimiento puede ser iluminado por la palabra de un sabio, y su voluntad adquirir grandes energías á la voz de un héroe. Así sucedió en México. Hidalgo, puesto en pie en el umbral de su templo, con la palabra clara, convincente y conmovedora del genio, iluminó las almas de aquellos parias, les hizo ver los grandes males del Gobierno colonial y los grandes bienes que resultarían de la Independencia, y ellos lo comprendieron, porque eran ignorantes, pero no eran tontos, y corrieron luego á armarse, unos con machetes, otros con lanzas, con coas, con flechas y con hondas. Esto pasó al amanecer del 16 de Septiembre, y á las 12 del día, Hidalgo, montado en su caballo negro, salió de Dolores para San Miguel el Grande á la cabeza como de ochocientos indios, unos á caballo y otros á

pie, y á los seis días entró en Celaya á la cabeza de cincuenta mil indios. Antes del Grito de Dolores los indios, cuando mentaban al Virrey ó á la Inquisición, bajaban la voz, y no osaban mover pie ni mano, y después que les habló Hidalgo repetidas veces, dijeron: «¡Nosotros valemos más que el Virrey, más que la Inquisición y que los Condes, Duques y Marqueses y que todos sus cañones y ejércitos. A la voz de Hidalgo los indios vencieron lo que hay más difícil de vencer por el hombre, y aun por los sabios, las añejas preocupaciones en materia de religión: como los sabios siameses que adoran al Elefante Blanco, y los sabios judíos, que todavía están esperando que «las nubes lluevan al Justo.» Antes de Hidalgo, los indios, durante trescientos años, eran como una manada de ovejas, manejadas por sus Curas frailes á su arbitrio, justa é injustamente, y ellos no osaban levantar la cabeza ni pronunciar una palabra contra sus sacerdotes, aunque fuera un abuso, teniendo el hablar como un pecado gravísimo, como un sacrilegio; y después á la voz de Hidalgo no hicieron caso de las predicaciones de sus curas, y más aún, no hicieron caso de las excomuniones de los Obispos. A los dos meses del Grito de Dolo-

res, Hidalgo entró en Guadalajara á la cabeza de ochenta mil indios y se presentó en Calderón á la cabeza de noventa y tres mil indios. Y muertos Hidalgo, Allende y los demás jefes, los indios siguieron combatiendo con valor á las órdenes de Morelos, José Antonio Torres, Víctor Rosales y otros Jefes; y muertos éstos siguieron combatiendo á las órdenes de Mina, Moreno, el Padre D. José Antonio Torres, defensor del Fuerte de San Gregorio, Guadalupe Victoria, Manuel Terán y Vicente Guerrero; y en fin, al cabo de luchar los indios denodadamente durante once años contra todo poder de los Virreyes y contra todo el poder del sacerdocio, triunfaron por la opinión nacional en 1821, viendo brillar el águila de sus antiguos reyes aztecas, el águila parada en un nopal, en el pabellón nacional.

En el puente de Calderón, Calleja á la cabeza de ocho mil hombres ganó la batalla á Hidalgo á la cabeza de noventa y tres mil. Fácil victoria, porque aquél tenía un ejército bien armado y disciplinado, y éste no tenía ejército, sino una turbamulta de indios que se estorbaban los unos á los otros. En Maraton, Milciades, á la cabeza de un ejército de once mil griegos, ganó la batalla á Dario el Persa á la

cabeza de una turba indisciplinada de ciento diez mil persas. En Salamina, Temístocles, á la cabeza de un corto ejército de griegos, ganó la batalla á Jerjes á la cabeza de una turba indisciplinada de trescientos mil persas; y Séneca dice: «Entonces entendió Jerjes cuánto se diferencia una turba de un ejército»: *Xerxes intellexit quantum al exercitu turbu differat.*

En Calderón, al cabo de seis horas de un reñido combate, huyeron los indios y huyeron los jefes. Hidalgo anduvo á caballo cuarenta leguas en veinticuatro horas, á saber, desde Calderón hasta la hacienda del Pabellón en jurisdicción de Rincón de Romos. Alamán se burla del pobre Hidalgo fugitivo, y sin embargo, ese fué un camino sublime. Maximiliano, Miramón é Isidro Díaz siempre llevaban á la campaña pomadas exquisitas para perfumar el cabello y la barba. Hidalgo, no en la flor de su juventud, sino á los cincuenta y siete años, caminó cuarenta leguas en veinticuatro horas trotando, galopando de día y de noche, con el cabello cano y despeinado, el vestido sucio y roto, el rostro tizado por la pólvora, sufriendo los ardores del sol y los hielos del crudo enero, deteniéndose unos momentos para to-

mar un grosero alimento junto al metate y el comal de una choza y seguir galopando. ¿Qué pintor mexicano nos ha presentado este hermoso cuadro? Desgraciadamente nuestra pintura nacional está en mantillas.

San Agustín, copiando á Cicerón, dice: «Se hace la guerra para adquirir la paz»: *Bellum geritur ut pax acquiratur.* Allende, exponiéndose á la horca, viajó repetidas veces de San Miguel el Grande á Dolores, y de Dolores á Querétaro, aconsejando á Hidalgo que diera el Grito de Independencia, é Hidalgo caminó trabajosamente cuarenta leguas en veinticuatro horas, para que nosotros camináramos sentados en cómodos cojines desde un mar hasta otro mar y desde Oaxaca hasta el Bravo. Morelos fué fusilado en San Cristóbal Ecatepec y Matamoros en la plaza de Valladolid, Galeana, asesinado al pie de un árbol como *Cuauhtemoczin*, José Antonio Torres ahorcado como *Xicoténcalt*, Moreno asesinado junto á la roca del Venadito, para que nosotros disfrutáramos de las riquezas agrícolas, mineras, industriales y mercantiles, hijas de la paz. Nuestros padres, como Ignacio Rayón y Nicolás Bravo, largos años gimieron con grillos y nudos, para que nosotros usáramos del don divino de la

102000 2326

libertad del pensamiento, de la palabra y de la imprenta. Largos meses pasaban sin que nuestros padres tuvieran noticia de su esposa, de sus hijos ni de sus padres, para que nosotros por las vías postales, por el telégrafo y el ferrocarril nos comunicáramos con los hombres de las cinco partes del mundo. Testigos, estas Fiestas del Centenario. En fin, «Se hace la guerra para adquirir la paz». Hidalgo y Juárez plantaron la frondosa Oliva de Porfirio Díaz.

A principios de marzo de 1811, estando Hidalgo en el Saltillo, ya vencido y caminando para los Estados Unidos, recibió un oficio en que el Virrey Venegas les ofrecía el indulto á él y á todos los insurgentes, si rendían las armas y prometían obedecer al Gobierno español, é Hidalgo antes de las veinticuatro horas, contestó al Virrey en un oficio que redactó y firmaron él y Allende, diciendo entre otras cosas: «Están resueltos (Hidalgo y los demás Jefes) á no entrar en composición alguna, sino es que se ponga por base la libertad de la Nación, y el goce de *aquellos derechos que el Dios de la naturaleza concedió á todos los hombres... El indulto, Sr. Exmo., es para los criminales, no para los defensores de la Patria.... Toda la Nación está en fermento.... La conmoción es general y no tardará México en desengañarse.»*

Estas palabras debían grabarse con letras de oro al pie de las estatuas de Hidalgo y de Allende: «*Toda la Nación está en fermento*». Era muy cierto. Hidalgo por medio de sus comisionados había insurreccionado á la Nueva España desde Veracruz y Tehuantepec inclusive hasta Texas inclusive. Esta insurrección general produjo la opinión nacional que consumó la Independencia en 1821, como lo confesó Iturbide en su Proclama.

Murió Hidalgo; pero dejando multitud de hijos y herederos de su patriotismo, de su constancia en la lucha y de sus demás virtudes cívicas. Los realistas habían aprehendido en las montañas de Comanja á Guadalupe, niña de pecho, hija de Moreno, y la tenían cautiva en Lagos. D. José de la Cruz, Intendente de la Nueva Galicia, envió al Fuerte del Sombrero, por medio del sacerdote D. Pedro Vega y de D. José María Portugal Gómez, vecinos de Lagos, un pliego en que á nombre del Virrey le ofrecía á Moreno el indulto y devolverle á su hija y sus bienes si rendía las armas, y el Héroe laguense contestó á los comisionados rehusando el indulto con las mismas palabras de Hidalgo: «El indulto es para los criminales, no para los defensores de la Patria», y habiéndose